



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

Carta Pastoral en la Jornada Pro Orantibus 7 de Junio de 2009

Queridos diocesanos de Vida contemplativa:

Me alegra poder acompañarles con mi oración y una sencilla reflexión en la Jornada de la Vida Consagrada Contemplativa que este año tiene como lema: **“El Espíritu de Cristo clama en nosotros: ¡Abba! Padre”** (Gal 4,6), una exclamación que es un eco de la propia oración de Jesús y nos revela la base real de su comunión con Dios. Así lo había expresado al decir: “Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo quiera revelárselo” (Mt 11,27).

La expresión Abba

Ante la súplica de los discípulos que le piden a Jesús que les enseñe a orar, satisface su petición indicándoles que pueden invocar a Dios como Abba, lo que les posibilita participar en su propia comunión con Dios. Así lo entendió Pablo al decir que cuando un cristiano repite esta sola palabra Abba, es prueba de la filiación y del Espíritu. En este sentido también la liturgia prelude la oración dominical con estas palabras: “Nos atrevemos a decir: Padre nuestro”. Esta expresión en labios de Jesús nos indica que habló con Dios Padre con la misma sencillez, el mismo cariño, y la misma espontaneidad que un hijo con su padre. Pero además cuando llama a Dios Abba nos revela que no sólo expresa la confianza con que vive la relación con Dios, sino también el don total del Hijo que se entrega al Padre en la obediencia (Mt 11,25-26), afirmando su autoridad pues a ningún otro debemos llamar “Padre” (Mt 23,9). Con esta sencilla fórmula la Iglesia primitiva recogió el núcleo de la fe en Dios, que era la fe de Jesús y que Pablo expresa en estos términos en las Carta a los gálatas y a los romanos: “La prueba de que sois hijos es que Dios envió a nuestro interior el Espíritu de su Hijo que grita: ¡Abba! ¡Padre!” (Gal 4,6); y “mientras que gritamos ¡Abba! ¡Padre!, el Espíritu le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (Rom 8,15-16).

Gritar Abba es algo que supera todas las capacidades humanas, esto no es posible más que dentro de la nueva relación con Dios que nos ha dado el Hijo. Por la acción del Espíritu, Dios mismo hace brotar ese grito en el que se actualiza, siempre que resuena, la filiación divina. Pablo aporta una luz concreta sobre el papel del Espíritu en la oración que nos une con la santísima Trinidad, indicándonos que lo que nos hace orar por Cristo al Padre es precisamente el Espíritu de adopción por el que podemos llamar a Dios Padre. En el corazón de nuestra oración está nuestra condición de hijos de Dios por adopción. Así en medio de nuestros titubeos el Espíritu que ora en nosotros, da a nuestra oración la seguridad de llegar a las profundidades de donde Dios nos llama, que son las de la caridad. Es el Espíritu el que nos enseña a orar, pues fuera del Espíritu nuestra oración puede ser una huida, mientras que en él la oración es un llamamiento que acelera el encuentro del cielo y la tierra.

El gozo de llamar a Dios “Padre”

El teólogo R. Schneider comenta que “el Padrenuestro comienza con un gran consuelo; podemos decir Padre. En una sola palabra como ésta se contiene toda la historia de la redención. Podemos decir Padre porque el Hijo es nuestro hermano y nos ha revelado al Padre; porque gracias a Cristo hemos vuelto a ser hijos de Dios”. Jesús utilizaba el “Abbá” con todo derecho, porque era el Hijo eterno del Padre eterno. De esta experiencia filial fluye todo el mensaje evangélico. La feliz noticia que Jesús proclama es precisamente que podemos llamar Padre a Dios.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

Ante la gracia de poder llamar “Padre” a Dios, los santos saltaban de gozo. “¡Es tan dulce llamar a Dios nuestro Padre!”, decía santa Teresa del Niño Jesús. No deberíamos caer en la rutina al emplear esta palabra sin darnos cuenta que sólo en Jesús nos atrevemos a decir a Dios Padre. Es evidente también, que el hombre de hoy no percibe inmediatamente el gran consuelo de la palabra “padre”, pues muchas veces la experiencia de la relación con el padre se ve oscurecida por distintas circunstancias. Dios es ante todo nuestro Padre puesto que es nuestro Creador. “El modeló cada corazón...” (Ps 33). En Cristo “nos quiere acoger a todos en su ser hombre y, de este modo, en su ser Hijo, en la total pertenencia a Dios. Así la filiación se convierte en un concepto dinámico: todavía no somos plenamente hijos de Dios, sino que hemos de llegar a serlo más y más mediante nuestra comunión cada vez más profunda con Cristo”¹. Proclamar con Cristo ¡Abba!, Padre, sólo tiene sentido si uno mismo se abre a esa soberanía del amor que debe inspirar todas nuestras relaciones humanas, sabiendo que la vida divina es por entero comunión de amor: “Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros: permaneced en mi amor” (Jn 15,9).

“Creo en Dios Padre...”

“Creo en Dios Padre...” Esta es la fe de la Iglesia. Y, dentro de la Iglesia, muchas personas hacen de su vida, al abrazar la vida contemplativa, una afirmación de nuestra pertenencia a quien nos ha modelado y que es lo “único necesario”. “Pertener al Señor, decía el Papa Benedicto XVI, a los Superiores Generales, esta es la misión de los hombres y mujeres que han elegido seguir a Cristo casto, pobre y obediente, para que el mundo crea. Ser totalmente de Cristo para transformarse en una permanente confesión de fe, en una inequívoca proclamación de la verdad que hace libres ante la seducción de los falsos ídolos que han encandilado al mundo. Ser de Cristo significa mantener siempre ardiendo en el corazón una llama viva de amor, alimentada continuamente con la riqueza de la fe”.

En la Jornada Pro Orantibus, la Iglesia quiere, ante todo, agradecer al Señor el don de tantos hermanos y hermanas nuestros que en la vida contemplativa claustral, son en la sociedad como “lámpara que arde y alumbra” (cf. Jn 5,35). Que el tesoro que supone la presencia de esas comunidades en nuestra diócesis nos lleve a mantener viva la conciencia de lo que nos pedía san Pablo: “Mirad, no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un Espíritu de hijos adoptivos que nos permite gritar: ¡Abba! ¡Padre!” (Rom 8,15). Esto ha de configurar nuestra manera de rezar, y sobre todo, nuestra manera de vivir. Termino recordando la hermosa oración de San Francisco de Asís: “¡Oh, cuán glorioso es tener en el cielo un padre santo y grande! ¡Oh, cuán santo y cuán amado es tener un tal hermano y un tal hijo, agradable, humilde, pacífico, dulce, amable y más que todas las cosas deseable, nuestro Señor Jesucristo!, que dio la vida por sus ovejas y oró al Padre diciendo: Padre santo, guarda en tu nombre a los que me diste en el mundo”.

Os saluda con todo afecto y bendice en el Señor,

+Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela

¹ J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, 171 ss.